

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSE MARIA QUADRADO.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

LOS REYES NIÑOS.

En circunstancias en que a proporción de lo débil de la monarquía se necesita un monarca fuerte, y en que todos los partidos piden al cielo ó á la fortuna la aparición de un hombre que domine con su voz y con su voluntad la miserable anarquía que nos devora é imprima su dirección personal á los acontecimientos, es cuando por casualidad se encuentran y por capricho no se buscan sino reyes niños. Niño de doce años no cumplidos es el vástago y heredero natural de la reina destronada; niño de quince años el candidato en que se ha fijado con preferencia la fracción mas numerosa del gabinete y de la mayoría de las cortes para levantarlo sobre el pavés de la voluntad nacional; y por una coincidencia digna de notarse aunque no se le dé mas importancia que la de un simple mote vulgar de dudosa procedencia, niño llaman tambien al joven de 21 año representante de una legitimidad acatada durante tres generaciones por adhesiones constantes, que han cobrado fuerzas y esperanzas con la caída de la rama competidora.

Graves daños traen las memorias aun en la marcha compasada y regular de las monarquías hereditarias; y á todas las naciones parece estenderse la amenaza que dirige el Altísimo por boca de Isaías á su pueblo prevaricador: «Et dabo pueros principes eorum; et dabo pueros principes muchachos.» Sin em-

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

bargo el arraigo del derecho contrapesa las desventajas de aquellas, haciéndolas muy preferibles á los azares de una elección, y presta vigor á su flaqueza. «Siempre que debajo del solio, escribí hace años recién salida de otra menor edad nuestra patria, se sienta la inocencia ó la debilidad, el prestigio suplente por la fuerza, los recuerdos de lo pasado se ciernen en derredor cual invisibles campeones; y da Providencia cual universal tutora vela á un tiempo sobre el rey menor y sobre la nación huérfana, hasta devolver á esta un soberano ya formado y á aquel el cetro que no pudiera sostener su mano infantil. Cada menor edad es un prodigio en la vida de las monarquías.» Pero esta merced del cielo dispensada en casos de necesidad no se estiende á apuros gratuitamente procurados, si es que nunca hasta hoy ha parecido concebible que pudiera procurarse una memoria. «No hay dinastía que haya empezado por un rey menor» ha dicho el Sr. Ríos Rosas; y esta que es una verdad incontrovertible en historia, tiene su explicación en los principios fundamentales ó mas bien en el sentido comun del arte de gobernar.

«Era necesario el actual trastorno de ideas; al cual no iguala todavia el de los hechos; para que en cierta reunión de diputados indicara uno de ellos (el Sr. Moret) que cuanto mas larga fuese la memoria mas conforme seria la solución monárquica á nuestra actual situación, confesando que el nombre y la realidad estaban en pugna ó que se queria lo

contrario á lo que se proclamaba, el trono materialmente ocupado pero moralmente vacante. Con oportunidad le contestó el Sr. Rios Rosas que en esta suposición lo procedente era proclamar la república; pero no menos oportunamente le replicó su contrincante que después de haberle oído encarecer la necesidad de un rey de acero, lo que exigía la lógica del criterio unionista era proclamar la monarquía tradicional. Y entrambos arguían bien, entrambos señalaban recíprocamente su falsa posición y la de sus partidos: fué un duelo á muerte en que los dos campeones, demócrata y unionista, se atravesaron los cuerpos con la espada, quedando los dos sin vida, es decir sin soplo de razón, sobre el campo de batalla.

¿Cabe monarquía democrática siquiera, donde se establece incompatibilidad entre la constitución y un rey que venga á dirigir, sin más alternativa que acabar este con aquella ó aquella con este? ¿Qué idea se forma de los gobiernos constitucionales el jefe del ministerio al afirmar que en ellos el soberano ha de ser siempre menor de edad? No es extraño que oscilen las preferencias en ciertos círculos entre un niño y un anciano, si lo que se trata de evitar en el jefe del estado es la plenitud de la inteligencia, y si ciertos ojos enfermos ó mas bien ciertos turbios intereses no pueden soportar más que la tenue claridad del astro que nace ó del que se pone. En este caso habrá que convertir el cetro en juguete ó en muleta. ¿Y con semejantes doctrinas se intenta levantar un trono, fundar una dinastía, reunir al rededor de ella la nación, establecer entre las dos vínculos estrechos y constantes que duran siglos ni siquiera lustros? No, con ellas no se vive sino al día merodeando, con ellas no se alarga sino por instantes la explotación de un partido y la ignominia del país, hasta venir á parar, no á la república, sino á la anarquía seguida de cualquier ignoble dictadura.

Por otra parte el rey fuerte como el acero ¿de dónde ha de derivar su fuerza sino del derecho de la monarquía tradicional ó del temple de su espada? Puede heredar el trono,

puede conquistarlo, puede adquirirlo por vias más hábiles y tortuosas; pero en estos dos últimos casos nunca se consolida sin que medien más ó menos años, trastornos y protestas por parte de los antiguos poseedores á no ser que se hayan extinguido por completo. Crece á veces junto á un tronco carcomido un lozano retoño que le chupa su savia hasta reemplazarle, como suplantaron á los Merovingios los ascendientes de Carlomagno y á los descendientes del mismo suplantó Hugo Capeto; á veces la usurpación se consuma por la violencia como lo hizo con Pedro el Cruel Enrique de Trastámara, á veces por astucia sublevando la opinión como Guillermo de Orange respecto de su suegro Jacobo II y respecto de Carlos X Luis Felipe. Ejemplo más reciente podría citarse en España; pero este no es rey de acero á no ser por lo flexible, de oro ó plata podrá ser para algunos de sus partidarios. No es el sentimiento moral, duele decirlo, el que repele principalmente á Antonio de Orleans de la herencia de su cuñada y bienhechora; si con el maquiavelismo del padre se le hubiera transmitido su talento, menos escrúpulos hubiera suscitado su ingratitud. Pero rige aquí como en todas partes la política de Talleyrand que considera peores que los crímenes las torpezas; y á estas horas debe ya avergonzarse de tenerle por candidato el partido más diestro de los militantes en España.

Hay algo más grave sin embargo que la carencia de prendas personales, más grave aun que la falta de edad competente hasta para ser sin regencia rey constitucional; y es, por más que se escandalicen los flamantes publicistas, la ausencia de ese *quid divinum*, de un átomo por lo menos de legitimidad que constituye y constituirá perpetuamente el alma de las monarquías. El epíteto de tradicional añadido á esa forma de gobiernos es á mi ver una redundancia; ¿puede haberlas acaso de otra clase, ora absolutas ora representativas, á no ser durante crisis pasajeras? No es el ser niño, no, lo que precisamente desautoriza á ese pobre duque de Génova, sobre el cual á manos llenas se derrama el sarcasmo, empezán-

do por sus mismos defensores cuyas alabanzas tienen más de irónicas que de ridículas: niño es y más tierno el príncipe Alfonso, y mayores dificultades ofrece su regencia tanto para confiarla a miembros de su familia como a gefes de partido. Se abrumará de dicitos a su raza, se tratará de manchar feamente su origen; su candidatura será impugnada con amargura, rechazada con horror, combatida con encono, pero nunca acogida con el glacial desprecio con la irreverente algarazara que la otra será, mas que una candidatura hija de simpatías y caprichos particulares, una cuestión de pie siempre y á pesar de cualquier jamás, sería, formidable, amenazadora para el sosiego de España.

Otro caso: el duque Tomás, nunca ha pisado la península; tampoco D. Carlos nacido en la emigración. Conocerá el idioma, las costumbres, el carácter de los españoles mejor que aquel; pero no es esto sino la sangre que corre por sus venas la que le dá tan inmensa ventaja sobre el Saboyano. Todos, hasta adversarios é indiferentes, no pueden dejar de ver en él á un príncipe español, prescindiendo de los muchos que por convicción antigua ó por nueva adhesión le reconocen como rey legítimo. Por esto, aunque se afecte rebajarle con mas sana aun que al extranjero, las chanzonetas y risas se atraviesan en la garganta y no alcanzan á disimular la importancia que interiormente se le dá y la atención involuntaria de que es objeto.

Niño ú hombre por relevantes que sean sus cualidades, ninguno llenará de pronto el vacío de los Borbones; y si lo llena, tiempo ha de pasar, muy largo tiempo, para que en él se consolide. Pues que! ¿asi desaparece una antigua é ilustre dinastía sin dejar hondos vestigios ni siquiera el hueco de su existencia? creen que es lo mismo sustituirla que derribarla por sorpresa? Y aun el cambio es fácil cuando hay otra preparada, dispuesta, designada por la opinion para dicho reemplazo; pero crearla; sacarla del caos de la revolución; hacerla en medio de convulsiones y trastornos; esto es dado apenas á hombres de triplea alla que los del dia, y el que es capaz

de tanto no dá á otros la corona; se la guarda para sí. La estirpe Borbónica, dirán se ha mostrado estéril en caracteres y talentos, y hoy por hoy está ya agotada; no lo sé, de la floja dinastía de Trastámara el postrer retoño fue Isabel la Católica. Sé que muchas de las caídas y de las reinantes no han tenido otro origen, si bien se mira, que revoluciones, conquistas, usurpaciones; sé que el hecho mediante una prescripción mas ó menos larga se transforma en derecho, como el barro en piedra dura; pero de este barro que hoy se amasa lo dudo, porque muchas avenidas han de pasar aun por cima de él antes que se petrifique.

Por esta vez, lo declaro espontáneamente, no soy órgano sino de mí mismo, no porque tema comprometer en cuestiones políticas á mi querida asociación de católicos, ni porque recele apartarme del lema que llevo enfrente de esta revista. Hay una política general, independiente, elevada, que rechaza las de partido y no dá sombra de pretesto para confundirse con ellas; y esta es la que profeso si no me engaño, y cuyas apreciaciones en prueba de su imparcialidad pocos órganos de partido aceptarían por completo. Si con algo puede confundirse esta política es con el espíritu del catolicismo, que hermana la religion con el amor á la nacionalidad, que inculca la fidelidad y la sumisión hasta el último trance, que llama rebeliones á los destronamientos,

J. M. Q.

EL PROTESTANTISMO EN ESPAÑA.

DATOS SEGUROS.

La cosa mas fácil del mundo era predecir lo que habia de pasar en España; tan trabajada años hace por la constante agitación de los partidos políticos. Se me perdonará que copie algunos párrafos de un librito que con el título de *El protestantismo inglés y los revolucionarios españoles* escribí en 1861. La revolución que se promueve en España sin descansar una revolución social. Nuestros libre-pensadores con sus discursos llenos de presunción y de mala doctrina, algunos periodistas dentro de la

esfera legal de las redacciones, y sus corresponsales en los pueblos, entre todos están repoblando á España de gente impía, de anarquistas, socialistas, enemigos de todo gobierno, facciosos y conjurados, que hoy son ya indóciles á la persuasión, y mañana lo serán á las balas. Las legiones se van formando, ya desfilan; todavía no se ve la cola; pero cuando han de perder el color hasta los sedentarios colaboradores de la democracia pura, será así que descubran al extremo de esas legiones el estado mayor de los nuevos Catilinas.»

«Hélos aquí: el país los ha visto salir de las cárceles y de los presidios, de las logias y de los clubs, y ponerse al frente de las hordas, y caer sobre las ciudades como un castigo del cielo. En veinte y siete provincias aparecieron á un tiempo los republicanos para destruir la nación, según los acuerdos de sus pactos federales. Todavía negarán algunos que tal fuese el intento revolucionario, y lo niegan; pero en contra de lo que algunos dicen están los hechos y los documentos oficiales. Ni puede menos de ser la ruina de la nación la última consecuencia de la libertad que se proclama. Ya era tiempo de convencerse, dejando á un lado tan funestas ilusiones: los hechos hablan muy alto, y no se prestan á falaces interpretaciones: hay que tomarlos por lo que son y por lo que significan. No haya temor de errar: contamos con datos seguros.

Desde las primeras tentativas que el protestantismo hizo en los días de su nacimiento para penetrar en España, se conoció la buena intención de los hereges. No estando bien asentada la obra de los reyes Católicos, convenia fomentar los disgustos de Aragon y descomponer la reciente y no bien unida monarquía. Pareció muy oportuna la ocasión de introducir la heregía en España, debilitada por guerras extranjeras y por intestinos disturbios. Parecía que todo se pudiera intentar contra nosotros, que teníamos guerras en Flandes y en Italia, *Germanías* en Valencia, y otros focos de división aun mucho mas temibles que las pendencias sangrientas de los agermanados. Carlos V y Felipe II enviaron teólogos á que disputasen con los hereges en Inglaterra, Alemania y Francia. Cazalla fué por Valladolid; Constantino y Egidio de la Fuente por Sevilla. Allá fueron los Encinas, Diaz, Isidoro de la Reina y otros. Uno de los Sotos estuvo en Oxford, y el famoso Laynez, lumbrera del concilio de Trento, disputó en Poissy con los calvinistas. Se adelantó poco, porque «el protestantismo como dice D. Vicente de la Fuente en su *Historia eclesiástica de España*, era resultado de pasiones mas que de

ideas.» Algunos teólogos se corrompieron con el mal ejemplo, y contaminados con la heregía afearon sus costumbres cayendo en los mayores desórdenes. La ambición perdió al pobre Cazalla, la liviandad á los la Fuente; por su orgullo y por sus pasiones se perdieron otros. Julian Perez adulterando el nuevo Testamento, Hernandez trayendo á Sevilla los ejemplares que pudo, y Valera arreglando la Biblia, hicieron todo el daño que por entonces pudo hacerse en España á la religion y á las costumbres. Hoy mismo se está imprimiendo y circulando entre nosotros una Biblia traducida y arreglada por Cipriano Valera: pareceme que este ha de ser el calvinista de antaño; y los protestantes, resucitando dicha version, se habrán propuesto demostrar que el protestantismo tiene raíces entre nosotros, y que los impíos de ahora pueden formar cadena con sus antepasados.

Por fortuna se frustró la tentativa; los hereges españoles hicieron un papel desairado, y algunos casi tan ridiculo como el que hoy están haciendo el apóstata Cabrera en Sevilla, y sus dignos colegas. De los antiguos, unos fueron despreciados, otros huyeron á Inglaterra, otros murieron en una cárcel por sus delitos, y alguno hubo que se dió la muerte por su mano. La tentativa protestante quedó sofocada en Andalucía: el doctor Hernan Rodriguez abjuró sus errores: siguieron su ejemplo los maestros Garci-Arias y Blanco. Algunos frailes imitaron la liviandad de su nuevo patriarca Martin Lutero; y tanta fué la licencia de estos apóstoles de la *reforma*, que se atrajeron terribles castigos en Valladolid, Sevilla y Toledo.

Cumplidos elogios merece la conducta tirante de Felipe II, porque salvando la unidad católica salvó asimismo á la nación. «El inmediato resultado de la introduccion del protestantismo en España, dice Balmes, habria sido, como en los demas países, la guerra civil. Esta nos fuera á nosotros mas fatal por hallarnos en circunstancias mucho mas críticas. La unidad de la monarquía española no hubiera podido resistir á las turbulencias y sacudimientos de una discusion intestina; porque sus partes eran tan heterogéneas, y estaban por decirlo así tan mal pegadas, que el menor golpe hubiera deshecho la soldadura.

«Las leyes y las costumbres de los reinos de Navarra y de Aragon eran muy diferentes de las de Castilla: un vivo sentimiento de independencia, nutrido por las frecuentes reuniones de sus cortes, se abrigaba en esos pueblos indómitos; y sin duda que hubieran aprovechado la primera ocasión de

sacudir un yugo que no les era lisonjero. Con esto y las facciones que habieran desgarrado las entrañas de todas las provincias, se habría fraccionado miserablemente la monarquía, cabalmente cuando debía hacer frente á tan multiplicadas atenciones en Europa, en África y en América. Los moros estaban aun á nuestra vista, los judíos no se habían olvidado de España; y por cierto que unos y otros hubieran aprovechado la coyuntura para medrar de nuevo á favor de nuestras discordias. Quizás estuvo pendiente de la política de Felipe II no sólo la tranquilidad, sino también la existencia de la monarquía española. Ahora se le acusa de tirano; en el caso contrario se le hubiera acusado de incapaz é imbécil.

El protestante William Cobbet juzgó favorablemente de la política de Carlos V y de Felipe II, y aun salió á su defensa en sus *Cartas sobre la reforma protestante en Inglaterra*. Fueron estos reyes blanco de los furroses derramados en algunas historias escritas sin religion y sin crítica; pero la opinion se ha ido ilustrando, y ahora se vé mucho mejor que antes los abismos en que se hubiera sepultado con la monarquía esta nacion tan católica y monárquica, si una mano vigorosa no resistiera la dislocacion que nos traía la libertad religiosa. Decir otra cosa es decir por decir: contamos con datos seguros. Y si terribles fueron los estragos de una excision religiosa en los reinados de Carlos V y de Felipe II príncipes de tanto empuje, mucho mas lo hubieran sido en los de Felipe IV y Carlos II, como lo fueron en los dias de Felipe V, reinado comprometido por las guerras de sucesion. Contra Felipe se levantó el archiduque Carlos, y no temió este ni anduvo escrupuloso echando mano de los protestantes de Alemania, Holanda é Inglaterra, para que le ayudaran á ceñirse la corona de rey católico. Pero al fin era piadoso, y le partieron el corazon los excesos de sus aliados que profanaron iglesias en Valencia y Castilla. El pueblo español le miró de reojo; deshaciase en vítores á Felipe, y desairó al archiduque cuando entró en Madrid. Carlos se retiró á escape de una poblacion enemiga, y gracias al espíritu católico se salvó el pueblo español de los desastres que le amenazaban.

Todo esto se sabe, todo está escrito; la historia lo consigna, y la historia debe ser maestra de la vida, como dijo Ciceron. Pues á pesar de datos tan seguros se nos entra de rondon la libertad religiosa con la mira de regenerarnos, que es mucha necesidad. Y por si no bastaran las lecciones de la esperiencia en los pasados siglos, se deben añadir

las del presente, que están chorreando sangre en todo el rigor de la palabra. De lo antiguo podemos hablar con *datos seguros*; y por no traspasar las proporciones regulares de este artículo, en el venidero trataremos de lo moderno con *datos recientes*.

M. MUÑOZ Y GARNICA.

LOS 154 VOTOS.—

Predispuesto á zurcir unos cuantos párrafos hallábame en mi pequeño gabinete con un jóven que en tal cual ocasion suele llevarme la pluma, y que acababa de cortarla y de garrapatear sendas rúbricas en una hoja de papel. Es un muchacho bastante ahispado, no poco entremetido y algo republicano por mas señas, y hete aquí que volviendo la cabeza me dice:

—Con qué ya tenemos rey?

—En efecto, parece que las cerillas fosfóricas y sin ruido de Mr. Martin han sido mas dichas que la linterna de Diógenes.

—Y cree V. que esta vez va de veras?

—En estos tiempos cada dia del año es un dia de Inocentes; pero ¿por qué no hemos de tener un rey por la gracia de Dios y de la voluntad nacional?

—Esto de la gracia de Dios huele á rancio, y en cuanto á lo demás...

—Pues pon la voluntad progresista.

—¿Acaso tienen los progresistas mas voluntad que la de sus caciques?

—Bueno es que los frailes obedezcan al padre guardian, y mayormente los donados y legos.

—Le gustan á V. los progresistas?

—Vaya un exabrupto! Para yernos... *nequaquam*.

Miróme el escribiente con cierta estrañeza, y continué: Desde que estoy en posibilidad de llegar á suegro he aprendido á traducir libremente el conocido verso de Boileau, *touts les genres sont bons hors le genre ennuyeux*, todos los yernos son buenos exceptuando los yernos progresistas. Yo no quiero que hagan la felicidad de mis hijas asi como han hecho la de mi patria, que me traigan la honra que han traído á la España, que hagan prosperar mis bienes así como han hecho prosperar los de esta pobre y estenuada nacion: no quiero por mi casa el progreso cuesta abajo.

—Pues si leyera V. sus periódicos leería unos vaticinios que se chuparia V. los dedos de gusto, veria V. cuanta dicha van á traernos con su rey.

—Poco mas ó menos la que nos trajo Topete con

sus naves. La herencia del difunto pagaba las planideras alquiladas, la mesa del presupuesto retribuía á esos profetas alquilones. ¿Tan antiguas son ya aquellas frases del *asombro de la Europa*, la *regeneración de la patria*, la *inauguración de una era de paz y bienandanza*, música celestial con acompañamiento de gongs, tam-tams y hasta cañonazos? No sé como al recordarlas no se les cae la cara de vergüenza.

—Para guisar una liebre en salmorejo lo primero que se necesita es tener una liebre.

—Que, que es eso?

Era que sin advertirlo yo, había entrado un amigo y contestaba á mis últimas palabras.

—Digo que para que á uno se le caiga la cara de vergüenza lo que se necesita es tener... cara.

—Y que buen viento te trae por aquí?

—Como sé que eres aficionado á revolver y barajar cifras numéricas he venido á enseñarte un trabajillo mio.

—Y es?

—Una estadística de la opinion pública respecto á la eleccion de monarca en España.

—Hombre, hombre, ¿por ventura cada español te ha mandado una papeleta con su voto particular?

—Ni era necesario. Esto se hace por medio de cálculos prudenciales.

—Vámonos á ver.

—Tomando por base el recuento de 1860, y atendido el cólera del '65, la emigración y otras menudencias que han tenido lugar desde el puente de Alcolea hasta los recientes estragos de Valencia, la población de España poco mas ó menos vendrá á ser la misma. Tenemos pues 15.648,136 habitantes, y descontadas las mujeres nos queda la cifra de 7.751,531 para los varones. De éstos hay que eliminar niños y muchachos hasta los 21 años, que suman 3.457,531.

—Y por qué no hasta los 25? pregunté yo.

—No señor, no, hasta los 21, saltó mi escribiente, así está bien, así lo queremos nosotros.

—Hecha la baja resultan 4.293,960. Suprimáanse los 93 mil y pico por dementes, nonagenarios, habitantes de cárceles y presidios etc. etc. y quedan cuatro millones y doscientos mil. De éstos, entre unitarios y federales, hay que aplicar millón y medio á los republicanos.

—Hombre! Por Dios santo, tú tiras por largo.

—El señor peca de corto, replicó el escribiente.

—Atiende á razones, continuó mi amigo. Con los desatentados gobiernos que hemos tenido, con la amplia libertad que se les ha dejado para hacer su

propaganda, con la diversidad de medios que han tenido á su alcance los propagadores, con el funesto aliciente de todo lo nuevo y desconocido, con la *impresionabilidad* de los pueblos meridionales, con el barniz seductor de algunas de sus ideas, con las consecuencias que esperan sacar de ellas las incautas é irreflexivas muchedumbres ¿te parece excesivo aquel guarismo? Cuando en una población entra, se desarrolla y se estaciona la *grippe*, ¿has de extrañar que sea grande el número de los atacados? Además, la juventud se alucina, se entusiasma y no analiza, y los jóvenes de 21 á 25 años inclusive ascienden á 720 mil y pico.

—De todas maneras.

—Pongamos pues un millon y cuatrocientos mil que es la tercera parte de la suma total.

—Me doy por satisfecho, dijo el escribiente.

—Ahora hay que dar otra tercera parte á los carlistas.

—Eso no, voto á Barrabás! exclamó aquel.

—Pásame el emético y yo te pasaré el ruiharbo, repliqué yo sonriendo.

—Pues qué! ¿te parece que se ha de calcular el número de los carlistas por lo que de ellos vocea la prensa liberal, acostumbrada á desalinar en la mayor parte de cuestiones? Si fuese un partido insignificante ¿se le perseguiría con tanto encono? ¿tendría tan descaradamente el gobierno dos pesos y dos medidas para juzgar hechos parecidos? ¿Se puede desconocer el espíritu de las poblaciones rurales, ó el poderoso influjo de los elementos que entran en la composición de este partido? ¿No se sabe que á los pocos ó muchos carlistas de la *víspera*, hay que añadir los muchísimos de *l'endemain*, es decir, el inmenso refuerzo que les trajo la avenida de setiembre? ¿Qué han hecho sino hacer carlistas los destemplados órganos del progresismo y la vehemencia de la propaganda republicana? Esta, cuando raciocina, no es mas que un aríete para demoler los partidos medios, introduciendo la confusion entre los que se empeñan en sentar premisas y eludir sus consecuencias. Su estúpida clerofobia, sus desembozados ataques al catolicismo, ¿podían menos de sobreescitar los mas respetables sentimientos de los españoles y empujar á estos, quieras que no, á las filas más distantes y opuestas á la irreligion?

—Con todo me parece que.

—Nada, á los carlistas *pure sang*, á los nuevamente convertidos, agreguemos la multitud de individuos que, sin tener especial predileccion por ninguno candidato, si no son mas que amigos á todo trance del orden moral y material, católicos de con-

vicción profunda, anti-revolucionarios mondos y lirondos.

—Entre estos que no son pocos cuéntame a mi, y te abono esa tercera parte que has dicho. Ahora el resto para los cimbríos y progresistas.

—Que en lenguaje más técnico y moderno llamamos radicales, dijo el escribiente.

—Radicales de cantidades imaginarias, á juzgar por el valor de sus doctrinas.

—Poco á poco, prosiguió mi amigo. Isabel II ha reinado treinta y cinco años.

—La restauración! gritó el escribiente entre aturrido y amostazado.

—Lámela V. hache. Durante ese largo período ha recibido el juramento de fidelidad de un sinnúmero de españoles; ¿crees tú que todos han de serle desleales y perjuros? ha dispensado á muchísimos, favores y beneficios particulares; ¿crees tú que todos han de serle desagradecidos? ¿Crees tú que la algarada de unos cuantos generales basta para impedir que brofen los remordimientos en un alma reflexiva y timorata? Además, ella ha sido víctima de un golpe, de mano y la desgracia tiene el don de convertir en simpatías hasta las prevenciones más arraigadas. Somos descendientes de aquellos españoles cuyo espíritu caballeresco era uno de sus rasgos distintivos; ¿seremos todos hijos degenerados? A Isabel II se le debe asignar cuando menos una décima parte del resto susodicho.

—Corriente.

—Dos décimas á los Alfonsistas con regencia *alcoleana*, y no hay tu tia. La política transaccionista en la actualidad tiene bastantes partidarios: son muchos los que quieren que lo blanco no sea todo blanco ni lo negro todo negro. En materia de colores su bello ideal es el abigarrado. Les gusta un pisto con tal que no sea todo de claras ni todo de yemas. Un barniz de derecho en la revolución y una levadura de revolución en el derecho, he aquí su *desideratum*. Prefieren á la lógica la habilidad y se honran con el dictado de hombres prácticos y positivistas. Son unos casamenteros diabólicos: se descornarían para desposar al gran Turco con la papisa Juana. Por otra parte, muchísimos son los que están en la idea de que tarde ó temprano el príncipe Alfonso ha de venir, y opinan, muy juiciosamente, que cuanto más pronto mejor.

—Y á los Montpensieristas?

—Tres décimas. La union liberal es un partido compacto, diestra y fuertemente organizado, y nadie ignora los compromisos de sus principales caudillos. Estos son hombres de valer y de puños, con

mucha trastienda si poca aprension. No han estudiado con Aristóteles la lógica, pero sí con Demóstenes la elocuencia: no tienen *credo* fijo ni todavía han entonado la *salve*, aunque sentados á la mesa del presupuesto reciten en voz baja el *vita, dulcedo, spes nostra, salve*. Necesitan un rey que sea su hechura, y no se espantan de nudos gordianos por aquello de *tanto monta cortar como desatar*. Banderías que ha sido gobierno largo tiempo, que ha manejado el tinglado de las elecciones y por consiguiente se halla ramificada por toda España, y aunque sobrado conservadora para los revolucionarios y sobrado revolucionaria para los conservadores, no puede menos de contar con numerosos adeptos obedientes á la consigna.

—Cuidado que el círculo se va estrechando! Y al de Portugal qué le reservas?

—Hoy por hoy, nada. Mañana... será otro día.

—Pues entonces son para el candidato del gobierno las cuatro décimas restantes, es decir, las cuatro trigésimas partes de la suma consabida.

—No corras tanto. ¿Te has olvidado de ciertos periódicos, de ciertas estampas, de ciertas esposiciones, del voto de Madoz que adjudicaba la corona á Espartero? Es una idea que no tiene pies ni cabeza, y por lo mismo has de suponer que tiene partidarios, singularmente entre los progresistas. Estos se parecen á los filósofos antiguos...

—Y en qué? pregunté admirado.

—En que no hay disparate, por estrambótico que sea, que alguno de ellos no lo haya sustentado.

—Válgame Cicerón!

—Juro á Dios y á las barbas de Pierrad... exclamó el amanuense.

—Cállate, hombre. ¿No decís que deben abolirse los juramentos?

—Hay que entresacar pues una décima parte de esparteristas y otra de primistas, sea para don Juan III rey, ó para D. Juan I emperador. Y si hay que dar una décima á Prim hay que dar otra á Serrano, porque si aquel tiene sus áulicos, sus comensales y sus pretorianos, este no habrá consentido en quedarse como un S. Simeon Estilita sobre su columna.

—Y entonces al duque de Génova, ¿qué le queda?

—Le quedan 154 votos... y no digo que hurgando uno aquí, pescando otro allá no se le puedan allegar unas cuantas docenas. Además hay la lista civil, el presupuesto del estado, el caciquismo provinciano...

—Retebien! exclamó el escribiente riendo.

—Oh España! España! añadí yo llorando.

T. AGUILÓ.

CRÓNICA.

Esciben de Roma á la *Union del Oeste*, que ya están terminados los trabajos preparatorios por las comisiones del concilio, y que Mr. Fessler está haciendo los resúmenes y hasta las fórmulas de los decretos que serán sometidos á su aprobacion.

Todo está tratado del modo mas lato conveniente á la Iglesia, elevándose á las regiones de la doctrina inspirada, y formulando las verdades en términos generales que no puedan herir directamente ninguna susceptibilidad personal.—La táctica de los enemigos se reduce ahora á presentar á los jesuitas como ejerciendo una preponderancia inmensa en los trabajos conciliares.

Los jesuitas no son en la Iglesia de Dios y en la corte de Roma mas que unos operarios celosísimos, y el Papa los emplea como á todos los demás en esparcir las doctrinas y las luces que parten de él: repito que esto no es mas que una maniobra revolucionaria en que solo creen los enemigos del papado. Se dice que las cuestiones que se tratarán mas especialmente serán, además de las misiones y asuntos de la propaganda, las cuestiones de la Iglesia y el estado, de la frac-masonería, magnetismo y espiritismo, la ciencia y la fe, y reforma de órdenes religiosas. Parece que se resolverá favorablemente la admision al concilio de los superiores de las órdenes creadas despues del de Trento, y que no durará mas que seis ó siete meses, y aun se añade que Su Santidad habia manifestado el deseo de celebrar la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, rodeado de todos los obispos del mundo católico.

Leemos en otra carta de Roma:

«Se trabaja con celo y actividad para preparar el local de la esposicion romana, y el arquitecto conde Verpignani no se para en economías. Ha pedido 40,000 vidrios para cubrir todo el patio de Miguel Angel. La gendarmeria, cuyo uniforme será cambiado á este efecto, prestará el servicio de la esposicion.»

El rey de Nápoles ha tenido una audiencia con el Papa y ha visitado al cardenal Antonelli. Han ingresado en el ejército pontificio mas de 400 voluntarios, en el mes de octubre. El coronel de Argi está ya de vuelta y ha tomado el mando de su legion.

Se asegura que el comandante Berdinatti, que ha tenido una audiencia con el Papa y ha visto varias veces al cardenal Antonelli, está encargado por el presidente del Consejo de ministros de Víctor Manuel de tratar con la Santa Sede sobre el modo de cubrir las Sedes episcopales vacantes en Italia. Dicese que propone cubrir las todas, teniendo el derecho de presentar los obispos para la Lombardia, Cerdeña, Venecia y Piomonte, y dejando á la Santa Sede la libre eleccion é iniciativa en los nombramientos para las demás sillas vacantes en toda Italia. Dicese que el Sr. Berdinatti hace tambien esfuerzos á fin de obtener del Papa permiso para que los católicos tomen parte en las elecciones generales de Italia. Se cree que en este último punto, no cambiará la actitud de la Santa Sede.

Ha corrido el rumor de que monseñor Darbois ha escrito al Papa, rogándole que le dispensara de la asistencia al concilio. Esto no tiene fundamento, puesto que el Arzobispo de Paris ha mandado ya alquilar habitacion en Roma.

Asegúrase que el Papa ha decidido que los obispos auxiliares tengan en las sesiones del concilio las mismas prerogativas que los pastores á quienes están adjuntos. En cuanto á los representantes ó procuradores que envíen los obispos que no puedan asistir al concilio, no tomarán parte en las discusiones y votaciones de la gran asamblea: pero así como el cuerpo diplomático asistirán á las sesiones generales y solemnes de S. Pedro.

El Papa ha nombrado á monseñor Jacobini subsecretario del concilio; este Prelado, que tendrá dos adjuntos ayudará á monseñor Fessler, secretario general, en su difícil misión. Además de estos funcionarios, Su Santidad ha nombrado siete protonotarios, dos notarios, ocho escrutadores y varios promotores del concilio.

Ya está acordado el programa de la fiesta inaugural del concilio ecuménico: están invitados los cabildos de las basílicas y las comunidades religiosas.

Continúan llegando obispos. Las violentas tempestades que ha habido estos dias han inspirado temores por los que se encuentran en el mar. Algunos obispos que no tienen medios para emprender el viaje á Roma, han recurrido á la generosidad del Papa, á que nunca se apela en vano. En cuanto á los obispos de Oriente, tanto la estancia en Roma, como su viaje de ida y vuelta, corren por cuenta de Pío IX.

Todos los obispos católicos ingleses, excepto dos que se hallan impedidos, uno por su edad muy avanzada y otro por su mal estado de salud, asistirán al próximo concilio ecuménico.

El viérnes ha debido embarcarse para Roma el arzobispo de Wersminster, monseñor Manning, y los demás obispos partirán en breve.

La lengua que se hablará en el concilio ecuménico es el latin, y para obviar los inconvenientes del diverso modo de pronunciarse este idioma por los prelados de distintas naciones, el Papa ha encargado á la congregacion del Indice que designe una pronunciacion común.

En la ciudad de Lyon, que se ha distinguido desde la antigüedad por su amor á la santísima Virgen, y que ha tenido el privilegio de celebrar la primera fiesta de la inmaculada Concepcion, han concebido algunas personas el piadoso designio de que en la *Salutacion Angelica* se pongan las palabras «Virgen Inmaculada.»

Este pensamiento se ha comunicado rápidamente á todas partes, y muchos obispos, órdenes religiosas, miembros de numerosas asociaciones de piedad y fieles de todas condiciones se han adherido á la súplica que se presentará á Su Santidad antes de la apertura del concilio.

Se dice que el P. Passaglia abandonado de todos sus amigos, y no encontrando otro apoyo que el de un obispo, está para retractarse. Se añade que dijo terminantemente que, lejos de rehusar el dar toda clase de satisfacciones á la santa Iglesia, estaba dispuesto á firmar la retractacion que el Papa dijese, sin poner obstáculo ninguno.

La asociacion benéfica para proteger á los niños chinos ha recogido en 1868 dos millones de francos, adoptado cuarenta y cinco mil niños, y bautizado cuatrocientos mil súbditos del celeste imperio.

Estas maravillas solo el catolicismo las produce.

Tres mil cristianos han sido martirizados en Corea. Solo tres neófitos han apostatado cobardemente á la violencia de los tormentos. En todo aquel estenso pais, no se encuentra ni un solo sacerdote. A pesar de las tiránicas órdenes del gobernador, algunos hombres valientes y fervorosos católicos han atravesado el mar en una pequeña embarcacion, y han ido á Chang-Har en busca de misioneros.